

Retrato de Infanta

Un azar ha puesto en mis manos esta vieja estampa, que tiene todo el prestigio de aquella romántica edad en que Europa se cubría de amadores melancólicos y de soñadoras cabezas de mujer adornadas de lánguidos tirabuzones. Es un retrato; un lindo retrato de una infanta española. Pero el influjo de la época ha fallado esta vez, porque el busto de la mujer que tengo delante no indica ni languidez, ni languideciente melancolía, ni cualquiera otra especie de romanticismo. Al contrario, sugiere una impresión de voluntariosa firmeza, de enérgica feminidad, y así fué, en efecto, doña Luisa Carlota de Borbón: la infanta enérgica y firme que le pegó en pleno rostro al Ministro Calomarde una histórica y rotunda bofetada.

El editor de la estampa explica el hecho a su modo: «Fernando VII, muriéndose en el Real Sitio de San Ildefonso, sucumbió a la presión de los absolutistas para que pusiera de nuevo en vigor la Ley Sálica, que daba la corona a su hermano don Car-

los María Isidro. Ya se regocijaban Calomarde y su camarilla, cuando llegó de Andalucía la infanta doña Luisa Carlota. Su espíritu reanimó al monarca, a la pusilánime reina y a los partidarios de Isabel II. Con sus manos rasgó el decreto arrancado al moribundo rey. Y como Calomarde protestara, le asestó un bofetón. «Manos blancas no ofenden», galanteó el ministro. «Pero hacen daño», replicó la infanta».

He ahí una bofetada decisiva. Puede decirse que dió fin al pleito cortesano y formal en el que se ventilaba nada menos que la substancia del régimen: o liberalismo o tradicionalismo; la mano blanca de una mujer decidió por el momento la cuestión en favor de las normas liberales. Pero el litigio era demasiado profundo para ventilarse así, con un revés de una mano femenina, y los carlistas se echaron al monte a discutir el pleito con las armas. En una guerra de seis años. Para recomenzar después la porfía en otra guerra de tres

años. Hasta llegar a la guerra de hoy, pervivencia y victoria del tradicionalismo nacional.

Ahí aparece la infanta Luisa Carlota, empavesada de ostentosos plumajes, dobles coronas, retorcidos bucles, mantillas y arracadas y collares. Es como la apoteosis del énfasis ornamental. Y sin embargo del ostentoso barroquismo, la infanta consigue salvarse del pecado de ordinariéz y cursilería. No; hay algo verdaderamente magnífico en ese exceso ornamental. Se trata de una infanta de gran raza que puede superar los riesgos y salir triunfante allí donde otras mujeres naufragarían en el chabacanismo.

Pero ella no es acaso la única responsable. El pintor suele reservarse el derecho de vestir, componer y arreglar al retratado, según su humor personal, y en este caso se trata de un artista que con frecuencia se dejaba arrebatar por una curiosa imaginación. Excelente pintor. Era Florentino De Craene heredero de una estirpe flamenca de artistas, y en la época en que la obra genial de Goya estaba reciente, logró brillar por la finura, la corrección y la calidad de sus bellos trabajos. Me cuenta mi amigo Mariano Rodríguez de Rivas, vástago lejano de la estirpe de los De Craene, que un día salió el célebre pintor, loco perdido, arrojando por la calle y desde un coche, centenes y onzas de oro. Después se murió. Que es una espléndida y alegre manera de morir.

Lo que sorprende en el rostro de la infanta Luisa Carlota es el parecido con su sobrina la reina Isabel II. La misma cara llena y carnosa, la misma nariz algo gruesa, idéntico tono sensual. Veinte o treinta años más tarde, en el anverso de las psetas de plata aparecerá el rostro regordete de Isabel II como una espectral aparición de este rostro que tenemos. Lo único distinto es el matiz de la mirada. En los ojos de la infanta hay una energía, una firmeza un tanto varonil que en los de la reina se halla ausente. Aunque también Isabel II sabía ser un poco «chula» cuando se presentaba la oportunidad.

Lo daba sin duda la época. Aquel pintoresco siglo XIX, que comenzó con la fundación oficial y académica de una escuela de tauromaquia, sentía una irreprimible vocación por las formas chulescas en la vida cotidiana. El bajo pueblo de Madrid extremaba su afición a vestir «de corto», y las clases altas, aunque comúnmente vistieran a la moda de París o de Londres, por sus hábitos, gustos y aficiones eran con gran frecuencia lo que hoy llamamos unos castizos, unos flamencos. Por eso tal vez a la infanta Luisa Carlota le salió tan fácilmente del fondo de su genio irascible aquella histórica bofetada.

La Historia es un trenzado de hechos y ademanes de todas las clases, lo mismo grandiosos o aterradores, que menudos y cómicos. Pudiera decirse que la era del liberalismo en España se inauguró con ese caprichoso bofetón de mujer. Un bofetón, y más si es femenino, no hace sangre; el rubor que en la mejilla produce el ultraje se disimula pronto con una cortesana galantería. La sangre y las muertes y las depredaciones vinieron después. Hasta que en nuestros días el liberalismo, para cerrar su crónica, ha teñido su ocaso con el espantable resplandor de los incendios y crímenes más inauditos.

JOSÉ MARÍA SALAVERRIA.



Retrato de la Infanta Luisa Carlota de Borbón por el Pintor de Cámara de S. M. Florentino De Craene (nacido en Tournay, Hainnaut, Bélgica, en 1793; muerto en Madrid en 1852).